



**✠ Lectura del santo Evangelio según san Juan 4, 5-42:**

*Llegó Jesús a una ciudad de Samaría llamada Sicar [...] Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al pozo. Era hacia la hora sexta. Llega una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: «Dame de beber». Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le dice: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (porque los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús le contestó: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice "dame de beber", le pedirías tú, y él te daría agua viva».*

*La mujer le dice: «Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?».*

*Jesús le contestó: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna».*

*La mujer le dice: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla». Él le dice: «Anda, llama a tu marido y vuelve». La mujer le contesta: «No tengo marido». Jesús le dice: «Tienes razón, que no tienes marido: has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad». La mujer le dice: «Señor, veo que tú eres un profeta. [...] La mujer le dice: «Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo». Jesús le dice: «Soy yo, el que habla contigo».*



Hay que leer esta página y meditarla personalmente, identificándose con aquella mujer que, un día como los demás, fue a sacar agua del pozo y encontró allí a Jesús, sentado al lado, «fatigado del viaje», en el calor de mediodía. «*Dame de beber*», le dijo, dejándola muy sorprendida: en efecto, era inusual que un judío dirigiera la palabra a una mujer samaritana, y además desconocida. Pero la sorpresa de la mujer estaba destinada a aumentar: Jesús habló de un «*agua viva*» capaz de extinguir la sed y convertirse en ella «*en fuente de agua que brota para vida eterna*»; demostró además que conocía su vida personal; reveló que había llegado la hora de adorar al único y verdadero Dios en espíritu y en verdad; y al final le confío -cosa rarísima- que era el Mesías. (Martín Descalzo)

## INTRODUCCIÓN: La sed de Dios y la sed del hombre (Benedicto XVI)

Todo esto a partir de la experiencia real y sensible de la sed. **El tema de la sed recorre todo el Evangelio de Juan:** desde el encuentro con la samaritana, a la gran profecía durante la fiesta de las Tiendas (Jn 7,37-38), hasta la Cruz, cuando Jesús, antes de morir, dijo, para que se cumpliera la Escritura: «*Tengo sed*» (Jn 19,28). La sed de Cristo es una puerta de entrada al misterio de Dios, que **se hizo sediento para saciarnos**, como se hizo pobre para enriquecernos (2 Co 8,9). Sí; **Dios tiene sed de nuestra fe y de nuestro amor**. Como un padre bueno y misericordioso desea para nosotros todo el bien posible, y este bien es Él mismo.

La mujer de Samaría representa en cambio la insatisfacción existencial de quien no ha encontrado lo que busca: ha tenido «cinco maridos» y ahora convive con otro hombre; su ir y venir al pozo para sacar agua expresa una existencia repetitiva y resignada.

Sin embargo, para ella todo cambió aquel día, gracias a la conversación con el Señor Jesús, que le estremeció hasta el punto de hacer que abandonara el cántaro de agua y corriera para decir a la gente de la ciudad: «*Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Cristo?*» (Jn 4,28-29).

Abramos también nosotros el corazón a la escucha confiada de la palabra de Dios para encontrar, como la samaritana, a Jesús que nos revela su amor y nos dice: el Mesías, tu salvador, «*soy yo, el que te está hablando*» (Jn 4,26). Que nos obtenga este don María, primera y perfecta discípula del Verbo hecho carne.

### REFLEXIÓN DE SAN AGUSTÍN: "Llega una mujer de Samaria a sacar agua"

Llega una mujer. Se trata aquí de una figura de la Iglesia, no santa aún, pero sí a punto de serlo; de esto, en efecto, habla nuestra lectura. La mujer llegó sin saber nada, encontró a Jesús, y Él se puso a hablar con ella. Veamos cómo y por qué. Llega una mujer de Samaria a sacar agua. Los samaritanos no tenían nada que ver con los judíos; no eran del pueblo elegido. Y esto ya significa algo: aquella mujer, que representaba a la Iglesia, era una extranjera, porque la Iglesia iba a ser constituida por gente extraña al pueblo de Israel. Pensemos, pues, que aquí se está hablando ya de nosotros: reconozcámonos en la mujer, y, como incluidos en ella, demos gracias a Dios. La mujer no era más que una figura, no era la realidad; sin embargo, ella sirvió de figura, y luego vino la realidad. Creyó, efectivamente, en aquel que quiso darnos en ella una figura. Llega, pues, a sacar agua.

Jesús le dice: «*Dame de beber*». Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le dice: «*¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?*» Porque los judíos no se tratan con los samaritanos.

Ved cómo se trata aquí de extranjeros: los judíos no querían ni siquiera usar sus vasijas. Y como aquella mujer llevaba una vasija para sacar el agua, se asombró de que un judío le pidiera de beber, pues no acostumbraban a hacer esto los judíos. Pero aquel que le pedía de beber tenía sed, en realidad, de la fe de aquella mujer.

Fíjate en quién era Aquel que le pedía de beber: Jesús le contestó: «*Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva*». Le pedía de beber, y fue Él mismo quien prometió darle el agua. Se presenta como quien tiene indigencia, como quien está dispuesto a dar hasta la saciedad. Si conocieras –dice– el don de Dios. El don de Dios es el Espíritu Santo. A pesar de que no habla aún claramente a la mujer, ya va penetrando, poco a poco, en su corazón y ya la está doctrinando. ¿Podría encontrarse algo más suave y más bondadoso que esta exhortación? Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva. ¿De qué agua iba a darle, sino de aquella de la que está escrito: En ti está la fuente viva? Y ¿cómo podrán tener sed los que se nutren de lo sabroso de tu casa?

De manera que le estaba ofreciendo un majar apetitoso y la saciedad del Espíritu Santo, pero ella no lo acababa de entender; y como no lo entendía, ¿qué respondió? La mujer le dice: «*Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir a sacarla*». Por una parte, su indigencia la forzaba al trabajo, pero, por otra, su debilidad rehuía al trabajo. Ojalá hubiera podido escuchar: Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Esto era precisamente lo que Jesús quería darle a entender, para que no se sintiera ya agobiada; pero la mujer aún no lo entendía.

### MEDITACIÓN P. MORALES

Al leer y meditar este evangelio, deslumbran dos verdades: Dios, amor infinito, tiene sed de darse, y la miseria humana anhela ser colmada y amada. Ni el Creador ni la criatura pueden estar sin amar. Este flujo y reflujo, esta duplicidad de amor, esta doble sed explica y resume las relaciones entre el alma y Dios. Toda la catarata de gracias que el Señor da al alma desde el despertar mismo de la vida divina en ella, no son más que el efecto de esa doble sed de Dios y mía.

Amemos a Dios porque Él nos amó primero, dice san Juan. "Al fin para este fin de amor hemos sido creados". Y también: El hombre es creado para amar, alabar, hacer reverencia, servir a Dios... temporalmente en la tierra y eternamente en el cielo.

## Jesús, cansado, se sentó junto al pozo

Estoy a la puerta y llamo. Si alguno escucha mi voz y me abre, entraré y cenaré con él (Ap 3,20). Voy a escuchar estas palabras como de fondo al meditar este evangelio de la Samaritana: "*Llegó Jesús a un pueblo de Samaria llamado Sica*". Igual que **llega cada día a mi corazón y llama**. Si escucho su voz y le abro, entrará en mí. Porque Jesús no está sólo en la Hostia Santa, en la Misa, en el Sagrario... no está sólo resucitado a la derecha del Padre. ¡Está también en mi corazón! Jesús llega a mi corazón y me dice: si oyes mi voz y me abres, entraré y cenaré contigo un banquete de paz mientras dure tu paso en la tierra, y luego un festín de paz en el cielo. Al alma profunda y contemplativa le basta eso.

"*Llegó Jesús a un pueblo de Samaria llamado Sica*". ¿Qué va a pasar? Va a convertir una mujer de adúltera e idólatra en creyente. Adoraba el dinero, la vida cómoda, el placer, el orgullo, el quedar bien ante los hombres... Como tantos otros hoy. Pero Jesús la va a convertir de pecadora en apóstol. **Lo mismo que desea hacer conmigo**.

"*Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado, junto al pozo*". Cansado de darme tantas gracias desde niño, tantas luces y fuerzas para que me entregue a Él y le ame. Por eso quiero, Jesús, decirte que te adoro, y te bendigo por tantas veces como, cansado por mi culpa, me has llamado; y por la paciencia exquisita que siempre has tenido conmigo.

"*Era alrededor del mediodía...*" Llegó una mujer de Samaria idólatra, pecadora. Adoraba a Dios a su modo, pero también el placer, la comida, el dinero... El encuentro con Cristo va a transformar su corazón. San Carlos Borromeo se admiraba pensando que Jesús, que había venido para salvar a todos en apenas tres años de vida pública, se detuviese tanto tiempo (varias horas) con una mujer de Samaría.

## Señor, dame de esa agua. ¡Sed de amor!

"*Si conocieses el don de Dios tú le pedirías agua*". Si conocieses el amor misericordioso de Dios experimentando tus miserias, le pedirías: Señor dame de esa agua. Aquí está expresado toda **el ansia de amor que tiene el hombre y su incapacidad total para saciarse**. De qué manera tan sencilla, tan eficaz, consigue el Señor inspirar a esa alma pecadora, a la samaritana, el deseo de encontrarse con Él. Así quiere hacer conmigo. Dice San Agustín: «Dios tiene sed del que anhela beberle...» Es de difícil traducción: **«Dios tiene sed, del que tiene sed, del sediento»**. Y Santa Teresa del Niño Jesús al leer este evangelio escribe: «resonaba continuamente en mi corazón el grito de Jesús en la cruz: "¡Tengo sed!". Estas palabras encendían en mí un ardor desconocido y muy vivo... Quería dar de beber a mi Amado, y yo misma me sentía devorada por la sed de almas...».

Este deseo de amar es siempre el arranque de una vida espiritual profunda, de una entrega a Dios en medio de nuestras miserias y pecados. Pero es también el coronamiento y la plenitud de esa misma vida de santidad. En la vida de Santa Teresita se comprueba muy bien. El motor que impulsó su alma y la fortaleció fue siempre el amor. Fue mística antes que asceta. No esperó a tener una vida mortificada para empezar a amar. **Amó desde el principio**, de ahí su alegría, su valor y fortaleza en medio de su miseria y de sus pruebas. En una carta a su prima María Guérin le dice Teresa: «Me pides un medio para llegar a la perfección, pues no conozco más que uno: **el amor**». Y en otro momento nos dirá también: «**Lo que agrada a Dios de mi pequeña alma, es que ame, mi pequeñez y mi pobreza... y al mismo tiempo que confíe ciegamente en su misericordia**».

Crear en el amor misericordioso y esperarlo todo del Señor es tributarle la gloria que espera de nosotros. En el cielo los ángeles, querubines, serafines, podrán cantar la omnipotencia, la sabiduría, la grandeza, la bondad de Dios. Pero nosotros podremos cantar sus misericordias. **Aceptando nuestra pobreza, aceptándonos tal como somos, le glorificamos**. *Misericordias Domini in aeternum cantabo*. Cantaré eternamente las misericordias del Señor. También cantaré su justicia, su sabiduría, su grandeza y su hermosura, pero sobre todo su misericordia. Evangelio puro. Jesucristo es amor que atrae hacia Él a los que están lejos: hijo pródigo, mujer adúltera, samaritana, María Magdalena.

Jesús la va preparando y conquistando por etapas: Primero, despierta en ella el deseo de beber del agua viva para no tener más sed. Después la humilla: "*Anda, llama a tu marido y vuelve*". A lo que la mujer responde con sinceridad: "*no tengo marido*".

Jesús le dice: *"tienes razón que no tienes marido, has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido..."*, es tu amante. La mujer, queriendo justificarse, sale con evasivas. Pero Cristo es bien directo. También yo tengo "amantes": mi manera de pensar, mi voluntad independiente y caprichosa; mi pereza, gula, impureza... Necesito mucho la confesión sacramental habitual.

### **"Soy Yo, el que habla contigo"**

*"Sé que va a venir el Mesías, el Cristo..."*, le dice la mujer. Entonces Jesús le contesta: *"Soy yo, el que habla contigo"*. Este es el versículo clave de toda la escena. Yo soy el Mesías esperado, le dice, el mismo que está hablando contigo, el que quiere hacer de ti una **pregonera del Amor**; el que quiere transformarte de idólatra en creyente, de pecadora en santa...

A la luz de ese versículo hay que interpretar también lo que dice a los apóstoles cuando llegan con el pan. Come, le dicen. *"Mi manjar es hacer la voluntad del Padre. Para eso vine al mundo..."* La samaritana, dejó el cántaro al pie del pozo, en el brocal, y **corrió encendida en amor**, era ya apóstol de los samaritanos.

Levantad la vista, —dice entonces a los doce— ved las multitudes de samaritanos que viven aquí... ved cuantos hombres y mujeres sedientos... Yo soy el Camino, la Verdad, y la Vida.

*"En el pueblo de Sicar, muchos samaritanos creyeron en Él por el testimonio que había dado la mujer. Me ha dicho todo lo que he hecho..."* También en la oración y en el examen de conciencia Jesús me dice a mí todo el orgullo, la pereza, la desconfianza... para que empiece a ser audaz, intrépido, constante en mis santos propósitos.

Cuando llegaron los samaritanos, le rogaban que se quedase con ellos. Y decían a la mujer: *"ya no creemos por lo que tú dices, nosotros mismos hemos oído y sabemos que Él es de verdad el Salvador del mundo"*.

Junto al pozo, Jesús ha revelado el misterio de su mesianismo a una mujer idólatra, pecadora y samaritana, cosa que no ha hecho todavía con nadie, ni con Nicodemo, ni siquiera con los mismos apóstoles. Elige a esta pecadora para hacerla confidente del misterio de amor que nos trae su Persona. **Es un Evangelio que nos llena de confianza en la misericordia del Corazón de Jesús.**

—«Inmaculada Madre de Dios, tus ojos para mirarle... También yo quiero rogarle que se quede siempre conmigo, que me haga su confidente».

### **LA SAMARITANA (Poesía del P. Cue)**

Fue en mayo. Al mediodía. Una palmera,  
un pozo, un cántaro. Yo no sé decir cómo.  
Pero nací de nuevo y me cambiaron,  
desde que vi a aquel Hombre junto al pozo.

Yo era un cántaro siempre de camino; insaciable.  
Y mi barro era un grito de sed en cada poro.  
Yo lo llenaba de agua.  
Siempre estaba vacío: era un cántaro roto.  
Hasta aquel mediodía de mayo.  
Una palmera, un pozo, un cántaro...  
Desde que vi a aquel Hombre junto al pozo.

Me pidió de beber y yo le di mi agua.  
La bebió lentamente, sorbo a sorbo.  
Parecía que estaba muerto de sed;  
bebía y bebía mirándome a los ojos.  
Fue como si estuviera bebiéndome a mí entera,  
trago a trago; y mirándome, de sorbo en sorbo.  
Yo sentía que Él toda me vaciaba por dentro.  
Y que luego Él entraba en mi cántaro roto

y me inundaba toda  
rebosándolo todo.

Me bebía y me llenaba al mismo tiempo.  
Y me cambiaba toda. Yo no sé cómo.  
Sus labios, agrietados antes y polvorientos,  
mojados con el agua, brillaban al sol, rojos.

Y era yo el agua viva que brillaba en sus labios,  
como un reflejo, refrescándolos, yo no sé cómo.

Fue en mayo. Al mediodía. Una palmera,  
un pozo, un cántaro.  
Desde que vi a aquel Hombre junto al pozo.

Él empezó pidiéndome a mí agua  
y terminó alumbrándome un manantial sonoro.  
Yo llegué con un cántaro vacío  
y a mi casa volví sintiendo el alboroto  
de una fuente que canta en mis entrañas  
chorro a chorro.